

en titánica disputa,  
y ningun temor le inmuta,  
ante el bien nada le arredra :  
ni Estéban teme la piedra,  
ni Sócrates la cicuta.

—  
El cielo airado teñido  
de nieblas el horizonte,  
sobre la cima de un monte  
desnudo un hombre oprimido.  
Mal que triunfa, bien vencido,  
Verbo de Dios encarnado,  
Cristo en la Cruz enclavado,  
llanto y dolor : no os asombre,  
es la tragedia del hombre,  
Prometeo encadenado.

—  
Rodando en la inmensidad  
peñasco informo es la tierra,  
quebrado monte que encierra  
sujeta á la humanidad  
Luchando por la verdad  
y de la ignorancia esclava,  
su dolor el tiempo agrava,  
su mal nunca se remedia :  
esa es la eterna tragedia,  
tragedia que nunca acaba.

—  
¡Ay! Al pueblo que aplaudia  
más que al esfuerzo de Milo

al génio sacro de Esquile  
que el *Prometeo* escribia,  
nadie le dijo aquel dia :  
— La poética ficcion  
que tu aplauso y tu emocion  
en el escenario aprueba,  
es la tragedia que lleva  
el hombre en el corazon.

## RICARDO DE LA VEGA.

### !!!DESAHUCIADOS!!!

¿Pero, por qué sois tacaños ?  
¿Por qué os habeis de entregar  
á esos médicos extraños  
á la ciencia de curar ?  
¿Por qué os marchais á los baños  
del Molar ?

¿Por qué haceis medicamentos  
con medicinas caseras ?  
¿No veis que con los unguentos  
y con la sal de acederas  
os saldrán granos á cientos  
y boqueras ?

¿Quién no descubre la hilaza  
si se mete en una tina  
de ceniza y de mostaza,  
se dá enjundia de gallina  
ó cataplasmas de harina  
de linaza ?

Pues si veis todos los días  
que yo me las tengo tiesas  
y que doy gratas sorpresas  
con las medicinas mías,  
decidme : ¿por qué haceis esas...  
porquerías?

La niña bonita ó fea,  
larga ó corta, gorda ó flaca,  
que dice que se marea  
y se pone tacamaca  
por no usar mi panacea  
¡la bellaca !

La mamá, génio fosfórico,  
la del abdómen esférico,  
á cuyos golpes de histérico  
tiembla el museo pre-histórico  
y á mí me llama teórico.....  
¡y quimérico!

El galan que en la verbena  
pasea con la querida  
y cree tiene muy buena  
la salud y muy lucida,  
y luego pasa la vida.....  
¡en Arceña!

¡Desahuciados! ¡todos juntos  
aunque me llameis mal bicho,  
me estais oliendo á difuntos!  
¡No lo tomeis á capricho !  
¡Ultimad vuestros asuntos!

¡Basta! — He dicho.

RAMON DE MARSAL.

PROFESION DE FE

Dicen que de las mujeres  
hablo mal, y no es así.  
Allá va una prueba de ello;  
si una es poco, dare mil.  
Ni el sol con sus rayos de oro  
al cruzar por el zenit  
puede con vuestra hermosura  
ni un momento competir.  
Envidia tiene la palma  
de vuestro talle gentil;  
vuestros ojos son volcanes,  
vuestros lábios son rubís  
que como dos centinelas  
perfumados de jazmín  
guardan preciosas murallas  
de perlas y de marfil.  
De vuestra tez la blanca  
á la nieve hace sufrir.  
Sois candorosas y humildes  
lo mismo que un serafín;  
sois auroras esmaltadas  
de oro, púrpura y zafir;  
vuestra alma es un paraiso,  
por supuesto, sin reptil,  
y el corazon es más tierno

que el tallo de un alelí.  
En fin, sois tesoros flores  
de indescriptible matiz,  
y más puras que las auras  
de las mañanas de Abril.  
Creo que estareis contentas.  
Es tarde, voy á dormir.  
Dios mio, perdon te pido  
por lo mucho que mentí.

### EL DESENGANO

Te ví, te idolatré, quedé sin calma.  
¡Torpe de mí,  
Que en mi ciego delirio á un sér sin alma  
La mía dí!  
La dicha que soñé trocóse en yugo.  
¡Loca ilusion!  
Iras un cielo corré, y halló un verdugo  
Mi corazón.

### RAFAEL GARCIA SANTISTEBAN

#### BULAS PARA DIFUNTOS

Juanito es un zoquete,  
mas por de pronto  
quiere entrar en hacienda  
con sueldo gordo,  
y los de planta  
se plantan invocando

la ley de escala.  
Pero es guapa su madre,  
vá al Ministerio,  
y el chico pega un salto  
de tres trapecios,  
que en este mundo  
ha de haber siempre *bulas*  
*para difuntos.*

El duque de la Sota  
con su carruaje  
atropella una vieja  
por ir á escape;  
paran el coche,  
y á las tres horas llegan  
seis polizontes;  
« al Inspector corriendo,  
« que pague multa; »  
pero él dá su tarjeta  
y ya hasta nunca :  
¡picaro mundo!  
que ha de haber siempre *bulas*  
*para difuntos;*

¡Por qué doña Milagros  
actriz muy mala  
se ajusta cual si fuera  
primera dama,  
y es la *verduga*  
que todas las comedias  
nos *ejecuta?*  
Dicen que aunque la silban  
en el teatro,

la aplaude luego á solas  
el empresario :  
ello está turbio  
y no hay duda que hay *bulas*  
*para difuntos.*

Perico es periodista,  
fiel monaguillo,  
que siempre canta gozos  
á los Ministros,  
y en recompensa,  
un beneficio simple  
pescó en la Deuda.  
Si falta un escribiente  
le echan el toro,  
pero él cuando no pagan  
dice : « aquí sobre ; »  
que en este mundo  
son ya muchas las *bulas*  
*para difuntos.*

¡Si contrata la Villa  
para alumbrarnos  
un gas que luzca mucho,  
limpido y claro,  
y el contratista  
nos le dá tan brillante  
que tira á tinta;  
por qué no han de alumbrarle  
con una multa  
por contrario á las luces  
y cena á oscuras?  
¡Habrá chancullos?...

¡cuántas *bulas* se venden  
*para difuntos!*  
Que unos levantan casas  
de veinte pisos,  
que otros levantan muertos  
en los garitos ;  
que hay generales,  
que han hecho su carrera  
trotando calles ;  
que las que van en coche  
van sin cartilla  
y hay vagos, que respetan  
la policía.....  
yo no me asusto  
y digo ; esas son *bulas*  
*para difuntos.*

## RAFAEL GINARD DE LA ROSA.

### EN LAS PIRAMIDES.

- ¡El desierto ! mansion donde se escucha
- La voz del Creador, cuando la arena
- En espirales en sus vermos lucha ;
- Mansion donde el chacal y los leones
- Vagan como fantasmas ; do la hiena,
- Con nocturno alarido, turba el sueño
- De errante caravana ;
- Donde las blancas tiendas del reposo

- » Arrebata el Simoun tempestuoso.
  - » El desierto! el desierto! mi caballo
- » De cien generaciones huella el polvo;
  - » Tumbas do quiera hallo
- » Y viajero sin nombre ni fortuna,
- » A qui, á los rayos de manguante luna,
- » A mis plantas impunes avasallo
- » La arena que abrasó las de Cambises....
  - » Oh! mi corcel, no pises
  - » En tu rauda carrera
  - » De algun sátrapa asiático
- » La seca amarillenta calavera!
  - » Reyes Hicsos, Soldanes, Faraones;
- » Ibis en la columna de Pompeyo;
- » El faro centelleando en noche oscura;
  - » Los vastos panteones
  - » Para un buey fabricados;
- » Idolos de granito, mármol y oro,
- » Que un pórtico guardaban en hilera;
- » Sombríos y magníficos palacios
- » De jardin lujurioso en la ribera
- » Del Nilo azul, que sepultaba en plata
- » El pié de la marmórea escalinata;
- » Bajeles de cien remos que partian
  - » De Arsínoe al Gánges Sacro,
- » O que, á los rayos de la luna blonda,
- » Cargados de perfumes y de flores
  - » De Cleópatra desnuda
- » La orgía paseaban en la onda;
- » Negros pilonos en que desfilaba
- » Una turba de dioses de granito :

- » La esfinge de Memnon que al sol cantaba
- » Cual ave del desierto misteriosa;
- » Tébas, la gran ciudad que murmuraba
- » Cual inmensa colmena junto al Nilo...
- » Esa tierra de Egipto prodigiosa
- » De las razas primeras régio asilo,
- » Esa tierra, de asombro eterno objecto,
- » Es ya tan solo lúgubre esqueleto
- » Sobre el cual toma el sol el cocodrilo! »
  - Así decia pensativo y triste
  - Lanzando mi corcel sobre la arena
  - Con que el rojo desierto al Cairo viste;
  - Y con el alma, de amargura llena,
  - Al paso dirigia una mirada

A la antigua llanada  
Donde Memnon cantaba al sol naciente.  
Era la hora del alba : débilmente  
A mi espalda su lumbre sonrosada  
Teñia los países del Oriente;  
La bóveda celeste abriellanda

Por un millon de estrellas,  
En un pliegue sombrío sostenia  
De la luna menguante el arco de oro,  
Que, con sesgo reflejo, iluminaba  
El tropel de mis guias beduinos,  
Mientras que en el ocaso dirigia  
Su doble punta al horizonte umbroso,  
Y en mi escape, creciendo, parecia  
La ceja de algun ojo misterioso.  
Mas de pronto la voz de un beduino

De mi abstraccion á arrebatarme vino.  
Las Pirámides! dijo, y señalaba  
    Los sepulcros enormes,  
Tras uno de los cuales se ocultaba  
    La luna soñolienta,  
    Que sus masas deformes  
Sobre un cielo de estrellas dibujaba.  
Detuve mi corcel y eché pié á tierra,  
Y dos horas más tarde contemplaba  
Desde el vértice audaz de la Pirámide,  
A lo léjos el Nilo que humeaba,  
A mis piés el desierto silencioso  
Por los rayos teñidos de la aurora,  
En el Cairo entre airosos minaretes  
De la Mezquita la techumbre mora,  
Y al pié de las gigantes escaleras,  
Que dan ascenso al bárbaro sepulcro,  
Como juncos, un grupo de palmeras.

II.

Ahí estáis, ahí estáis, tumbas gigantes,  
Sobre la alfombra inmensa del desierto,  
Elevando las frentes arrogantes  
    En la atmósfera absorta.  
Las cenizas guardáis de un pueblo muerto;  
Vuestro perfil siniestro que recorta  
Con silueta funeral la roja arena,  
Os hacen del viajero ante los ojos  
Sombrios centinelas de la muerte,

Que guardan de cien razas los despojos  
De los desiertos al dintel inerte.  
    Mi pecho al contemplaros  
Al soplo de los siglos se estremece.  
    Sois eminentes faros,  
Que los pasados hombres encendieron  
En el mar tempestuoso de los siglos;  
Y en vano con sus garras de vestiglos  
Commueven los graníticos cimientos  
    De la Grande Pirámide,  
    De todas la más bella;  
Del desierto las águilas en vano,  
Como en torno de un nido, en torno de ella,  
    Baten las negras alas :  
En vano el huracan sobre su cima  
Vuelva el desierto en arenales rojos;  
Ahí estás impasible ante mis ojos;  
Tu flanco colosal, que se sublima  
Sobre la tempestad hasta los cielos,  
La admiracion provoca de los hombres  
Y de la henda Eternidad los celos!  
Cuál te amo, Pirámide gigante!  
    Niño aún vacilante,  
    Soñaba en tu grandeza  
Anhelando trepar sobre tu cumbre.  
Y ahora te tengo, ahí, bajo mi planta!  
Tu techo sepulcral sordo retumba,  
    Los ecos de la tumba,  
Y el beduino, que en tus senos guía  
Mi tembloroso paso, no comprende,  
    El porqué se levanta

Un suspiro en mi pecho  
Y una lágrima asciende  
Del corazón en alegría santa.  
Oh! qué placer solemne! hollar la cima  
De los cuarenta siglos, que evocaba  
Napoleon, al par que los borraba  
Con hazañas sin nombre!  
¡Hollar tantas grandezas y ser hombre!  
¡Ser un gusano altivo  
Que de una momia real roe la frente  
Con el solo derecho de estar vivo!  
Mi ser grande y pequeño al par se siente  
Pues la enorme Pirámide, á mi paso,  
No se eriza, indignada, de vestiglos,  
Ni se alza contra mí cuarenta siglos!  
Y ahí están, mudos, tristes, polvorosos,  
Inclinando los ojos tempestuosos,  
Cargados con el peso  
De la vision de tanto gran suceso.  
Y trémulos en vano su pasada  
Y ahí están desarmados,  
Como reyes vencidos,  
Del Tiempo al carro de victoria uncidos;  
Grandeza muerta alegan;  
Uno muestra su cetro, otro su espada;  
Uno maldice á un pueblo, al pueblo hebreo;  
Aquél sirvió á Sesostris; éste á César;  
Otro amasó una esfinge de cien codos;  
Este vió de Alejandro la victoria;  
Aquél vió abrir un lago al grande Miris,  
Y éste, en fin, encorvado más que todos

Y ya casi perdida la memoria,  
Apenas puede balbucear el nombre  
Del fundador de Tébas, de Busiris!...  
Pero el tiempo implacable,  
Sin escuchar su triste vocerío,  
Como señor de todos en la tierra,  
Su trahilla de siglos miserable,  
Despreciando su queja, en el sombrío  
Enorme calabozo  
De las sordas Pirámides encierra.  
Mas ellas pasarán, que ante el olvido  
Hasta la inmensa eternidad es vana.  
Por ese sol herido  
En la mar de la historia bramadora  
Todo desaparece y se evapora.  
El Aquilon del tiempo inexorable  
Abate ronco la grandeza humana  
Que centellea en vano  
En la materia vil y deleznable  
Que se agrupa á formar un monumento.  
Babel, Ménsis, Cartago y Ecbatana,  
Polvo arrojado son al leve viento,  
Que del pasado en los desiertos rueda,  
Su nombre en la memoria solo queda...  
Su nombre! Una palabra, un leve acento,  
Vive más que los siglos y las moles!  
Si, Pirámide audaz, tu altiva cima,  
Hará desaparecer, roca sublima,  
Ese polvo, que huellas con tu planta,  
A tí, trepando inexorable y lento,  
Marea que invisible astro levanta;

Mas quedará tu nombre  
Cuando se busque en vano el monumento..  
; Troya desapareció y Homero aún canta!  
; Aquí solo es eterno el pensamiento!

### EL RAWI DEL DESIERTO

Oye, Sirena,  
Al pié de tus balcones  
Mi cantilena;  
Que hácia tí mis canciones,  
Tendiendo el ala,  
En el desierto dejan su pobre nido  
Por beber el aroma que en tí se exhala.  
Bien brillan las estrellas  
Del alto cielo,  
Bien perfuman las flores,  
Bello es el vuelo  
De la paloma  
Y el canto de las aves  
Sobre la loma...  
Estrellas, aves flores,  
De su boca y sus ojos  
Tened rubores!  
; Qué sér, dime, es el tuyo  
Entre los séres?  
Si eres mujer ; qué tienes  
De las mujeres?  
Algo en tí brilla  
Que el corazon me rinde

Y la rodilla.  
Hadas, hurís del cielo,  
; Teneis tal vez vosotras  
El mismo vuelo?  
Yo vengo del desierto...  
Rudo y sencillo...  
Donde encuentro belleza  
Allí me humillo;  
Rawi pagano,  
No he aprendído la lengua  
Del cortesano.  
No sé si en tus salones,  
Como en mi pátria, laten  
Los corazones.  
; Ves de mi guzla mora  
La cuerda en calma?  
De cien tribus errantes  
Agita el alma...  
Yo soy su bardo  
Y en esta guzla tóscana  
Su historia guardo.  
; Aláh es grandel El poeta  
Es su sombra y su acento  
Sobre el planetal  
Quiéres ser reina, hermosa?  
; Vente conmigo!  
En el desierto tengo  
Seguro abrigo  
Y cien naciones  
Nómadas como el aire,  
Bravas cual leones.



Ellas allí á tus plantas  
Te traerán del oasis,  
Las flores santas,  
Y una tienda, una lanza,  
Yegua ligera,  
El amor á la sombra  
De la palmera,  
Amor divino  
Del ama tempestuosa  
Del beduino...  
Esto puede ofrecerte  
Y un corazon esclavo  
Hasta la muerte!  
Sí, ven á mis hogares,  
Que yo confío  
Que tú serás en ellos  
Blando rocío;  
Oasis santo  
A cuya sombra mágica  
Alzaré el canto...  
Te mostraré á mi gente  
Como la flor más bella  
Del Occidente  
Mas ¡ay! como en tus manos  
Mi amor peligre!...  
Encierra el alma mia  
Celos ñe tigre!  
Que en el que adora  
La boca que nos besa  
Tambien devora!  
Gacela ¡No me escuchas!

¡Entre el miedo y la risa  
Creo que luchas!  
¡De mi pasion te asombra  
El infinito?  
Un alma cual la mia  
Yo necesito.  
Un alma inmensa  
Que en sólo el sér amado  
Muriendo piensa.  
¡Tú ries!... No, no es la tuya  
Así... deja, sultana,  
Que de tí huya.  
¡Oh! ¡Cuán frias las hijas  
Sois de esta tierra!  
La mujer en mi patria  
Cuando ama, aterra,  
Su alma se encona,  
Y adora con la rabia  
De la leona...  
¡Adios, adios! Sultana,  
Que temo que me hiele  
En tu ventana.  
¡Adios Sirena!  
Huye de tus balcones  
Mi cantilena;  
Y tristes mis canciones  
Con veloz ala  
Al desierto se vuelven, do en pobre nido.  
¡Recuerdan el aroma que en tí se exhala!

ENRIQUE BEDMAR.

LA GUERRA.

¡Yo soy la guerra!.. Mi sangrienta historia  
manchada está con páginas de horror;  
¡pero á mi nombre apareció la gloria  
como los mundos á la voz de Dios!

El orgullo en mi frente se condensa,  
vaga á mis piés la errante humanidad,  
y de los siglos la cadena inmensa  
círcuye mi soberbio pedestal.

Yo trastorno los ritos y las leyes.  
¿Quién á mi fuerza se podrá oponer?..  
Los cetros y coronas de los reyes  
cuál pobre escoria desharán mis piés.

Yo de los pueblos los destinos rijo,  
van la vida y la muerte de mí en pós,  
¡ los imperios sus linderos fijo,  
la esclavitud, la libertad soy yo!..

Mi fuerte mano los poderes crea,  
no hay potestad, ni fuerza sobre mí,  
la hidrofóbica sed de la pelea  
del mundo llevo al último confín.

Furia soy del Averno desatada,  
espíritu indomable de Luzbel,  
proscrito al fin de la eternal morada  
por marca horrenda á su rebelde sér.

Mi altiva frente á su furor destella,  
mi palabra es el trueno... ¿quién cuál yo?  
En donde poso mi sangrienta huella  
la multitud me aclama como á un Dios...

Oh! viva el mundo para siempre en guerra,  
no depondré la lanza ni el carcax;  
los soberbios magnates de la tierra  
al caro uncidos de mis triunfos van...

Yo arrancaré de mi corona altiva  
flores que puedan adornar la sien  
del héroe audaz, con bella siempreviva...  
¡yo le daré corona de laurel!

.....  
¡Yo soy la guerra!.. Mi sangrienta historia  
manchada está con páginas de horror!  
¡pero á mi nombre apareció la gloria  
como los mundos á la voz de Dios!

VENTURA DE LA VEGA.

IMITACION

DEL CANTAR DE LOS CANTARES.

Ven á tu huerto, amado,  
que el árbol con su fruto te convida;  
el céfiro callado  
espera tu venida;  
tú al céfiro y al huerto das la vida.

Del alba nacarada  
la lumbre esquivada la purpúrea rosa  
á la tierra inclinada;  
la abeja silenciosa  
ni en torno zumba, ni en la flor se posa.

Ni á su consorte alhaga,  
el ruiseñor, sin tí, cantando amores;  
ni mariposa vaga  
inquieta entre las flores,  
tendiendo al sol sus alas de colores.

Ven, esposo, á tu huerto,  
á dar vida á los céfiro y flores;  
ven, que mi pecho abierto  
á tus dulces amores,  
sin tí, mi bien, es huerto sin olores.

Ven, y á la fresca sombra  
de las cruzadas hojas del manzano,  
sobre la verde alfombra,  
beberás, dulce hermano,  
richa leche, ordeñada por mi mano.

Y á los gratos olores  
de la mirra, del nardo y de la rosa,  
gustarás los sabores  
de rubia miel sabrosa,  
y el zumo de la uva deliciosa.

Ven, que por ese prado  
el sol ardiente tu mejillas tuesta:  
aquí el roble copado  
blanda sombra nos presta,  
y en mi regazo pasarás la siesta.

Yo duermo descuidada;  
mal del esposo, el corazón velando,  
espera la legala;  
ya oí su acento blando;  
el esposo á mi puerta está llamando.

— Abre, esposa querida;  
no te detengas, no, consuelo mio,  
ábreme, por tu vida!  
temblando estoy de frío,  
mis cabellos cubiertos de rocío.

—¡Ay! que el desnudo pecho  
tiemblo al aire sacar, esposo amado,  
de mi caliente lecho!  
ay! que el pié delicado  
tiembla tocar el pavimento helado.

Sus dedos el esposo  
entró por las rendijas de la puerta;  
á su tacto amoroso  
el corazón despierta.  
y toda tiemblo y me estremezco incierta.

Alcéme presurosa  
para abrir al amado que esperaba,  
y mirra muy preciosa  
mi mano destilaba  
que corrió por los gonces de la aldaba.

Abrió; mas ya cansado  
no me esperaba, ay triste; y erarido!  
Mi corazón llagado,  
de cruda ausencia herido,  
¡Mámaló y no responde á mi gemido.

Los guardas me encontraron  
que la ciudad custodian, y me hirieron,  
y el manto me quitaron;  
como sola me vieron,  
y ramerilla pobre me creyeron.

Doncellas de Judea,  
si hallárades por dicha en plaza ó calle  
al que el alma desea,  
que torne suplicalle  
y no vuelva á perderse por el valle.

Gallarda es su figura  
como el cedro del Libano eminente;  
su blanca dentadura  
son perlas del oriente,  
y bruñido marfil su tersa frente.

Conocereis quien sea  
si vuestro pecho palpité al miralle,  
Doncellas de Judea,  
que torne suplicalle  
y no vuelva á perderse por el valle.

### VENTURA RUIZ AGUILERA.

No se publica de tan distinguido vate por formar  
con sus poesías á un tomo á parte en esta BIBLIOTECA.

VICTOR BALAGUER.

EN EL ALBUM DEL MONASTERIO DE MONSERRA

Esa bóveda azul y esas estrellas  
fulgurantes y bellas;  
esas nubes que arrastran rozagantes  
sus túnicas flotantes,  
envolviendo á la peña con sus velos;  
el monte, el valle, la pradera, el río,  
me dicen, Padre mio,  
que reinas en los cielos,

Esas enhiestas cimas altaneras,  
que ven bajar los bosques por sus faldas  
en crespas y abundosas cabelleras:  
esos prados amenos,  
de amor y dicha y de delicia llenos;  
esas selvas undosas  
pobladas de rumores:  
esas brisas que zumban misteriosas,  
ese azul, esas aguas y esas flores,  
esos que veo transparentes velos  
flotar inciertos sobre el lago umbrío.  
me dicen, Padre mio,  
que reinas en los cielos,

Ese mar impaciente,  
mónstruo feroz que agita sus escamas  
del temporal al látigo crugiente;

ese trueno que ruga;  
ese rayo fugaz que serpentea;  
ese huracan que avanza en remolino,  
imágen verdadera del destino,  
cuanto en la mar existe ó en el suelo,  
y cuanto el orbe encierra,  
y cnanto puebla el aire y el vacío,  
me dicen, Padre mio,  
que rey sois de la tierra,  
de la tierra y del cielo.

# ÍNDICE

	<u>Págs</u>
José P. Velarde . . . . .	3
José Selgas . . . . .	9
José Soriano de Castro . . . . .	15
José Zorrilla . . . . .	18
Juan A. Viedma . . . . .	26
Juan Eugenio Harcenbusch . . . . .	36
Juan José Herranz . . . . .	44
Juan Martínez Villergas . . . . .	47
Juan Tomás y Salvany . . . . .	54
Julio Monreal . . . . .	58
Luis Eguilaz . . . . .	64
Luis Rivera . . . . .	66
M. Breton de los Herreros . . . . .	72
Manuel Cañete . . . . .	76
Manuel Curros y Enriquez . . . . .	81
Manuel Fernandez y Gonzalez . . . . .	88
Manuel del Palacio . . . . .	95
Manuel de la Revilla . . . . .	101
Manuel Valcárcel . . . . .	102
Márcos Zapata . . . . .	106
Marqués de Molins . . . . .	107
Melchor de Palau . . . . .	111

M. de los Santos Alvarez . . . . .	114
Narciso Serra . . . . .	118
Nicomedes Pastor Diaz . . . . .	121
Pedro A. Alarcon . . . . .	125
Ramon de Campoamor . . . . .	133
Ramon Mesonero Romanos . . . . .	142
Ramon Rodriguez Correa . . . . .	146
Joaquin Ponce de Leon . . . . .	150
Tomás Rodriguez Rubí . . . . .	153
Ricardo Blanco Asenjo . . . . .	159
Ricardo de la Vega . . . . .	163
Ramon de Marsal . . . . .	165
Rafael Garcia Santisteban . . . . .	166
Rafael Ginard de la Rosa . . . . .	169
Enrique Bedmar . . . . .	180
Ventura de la Vega . . . . .	182
Ventura Ruiz Aguilera . . . . .	185
Victor Balaguer . . . . .	186